

Entrevista con Omar Acha

por Daniel Jones – Febrero de 2009



Historiador y ensayista. Doctorado en la Universidad de Buenos Aires y en la École des Hautes Études en Sciences Sociales, es investigador del CONICET y del Centro de Investigaciones Filosóficas (CIF). Ejerce la docencia en el Departamento de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Ha publicado los libros *El sexo de la historia* (2000), *Carta abierta a Mariano Grondona: interpretación de una crisis argentina* (2003), *La trama profunda* (2005), *La nación futura* (2006), *Freud y el problema de la historia* (2007), *La nueva generación intelectual* (2008), *Las huelgas bancarias, de Perón a Frondizi* (2008), *Historia crítica de la historiografía argentina, vol. I, Las izquierdas en el siglo XX* (2009), *Los muchachos peronistas* (2011), *Un revisionismo histórico de izquierda y otros ensayos de política intelectual* (2012); ha compilado en colaboración *Cuerpos, géneros e identidades* (2000) e *Inconsciente e historia después de Freud* (2010), Integra el colectivo editor de la revista *Herramienta. Revista de Crítica y Debate Marxista*.

Contame cómo fue que empezaste a trabajar temas ligados a sexualidad.

Bueno, creo que hay como dos entradas. Una yo la clasificaría como “filosófica” y la otra como “política”. La filosófica se vincula con una circunstancia contingente. Fue la lectura de un artículo titulado ‘¿Tuvieron las mujeres Renacimiento?’. Esto fue hacia 1990, cuando me encontraba estudiando bibliotecología, la primera carrera que hice. Ya tenía la intención de seguir historia, seguí bibliotecología para tener un trabajo que me permitiera estudiar el ciclo de grado de historia, que sabía extenso. Como un recién llegado a la vida intelectual, leía insaciablemente de historia y filosofía, además de literatura. Entre las tareas del estudio de la bibliotecología debía concurrir a la vieja biblioteca del Centro Lincoln, una dependencia de la Embajada de Estados Unidos en Buenos Aires. Debía consultar la excelente colección de obras de referencia y teoría de la información disponible. Pero como la biblioteca utilizaba el sistema de estante abierto, donde se puede tomar los libros a discreción, merodeaba por las otras secciones. No recuerdo si fue en los anaqueles de historia, pero encontré el libro *Women, History and Theory* de Joan Kelly, donde se incluye el artículo que te mencioné¹. En ese artículo la autora plantea la problemática del progreso de la historia. Señala que hay determinados momentos, tales como la Grecia clásica, la Revolución Francesa, el Renacimiento, que aparecen como períodos de progreso (el aumento de las libertades, del desarrollo de las potencias humanas). Y se interroga sobre qué pasó con las mujeres en esos momentos de “progreso”. Y lo que constata es que en realidad tal progreso, que aparenta concernir a toda la humanidad, en realidad representa a un desarrollo de las capacidades de los varones. Porque la transformación de

¹ Kelly, Joan. *Women, History, and Theory: The Essays of Joan Kelly*. Chicago: University of Chicago Press, 1984.

la situación de las mujeres en esas etapas revolucionarias, por decirlo de alguna manera, no fue verdaderamente significativa, sino que en muchos casos, incluso implicó retrocesos. Y ese artículo a mí me impactó mucho en la manera de pensar la historia que me brindó para mi formación académica. Lo que me di cuenta al leer ese texto es que el concepto mismo de “historia” vinculado a las diferencias sexuales y al género no había tenido ningún tipo de relevancia para mí, en lo que era mi idea precoz, nebulosa, pero discernible, de ese saber que quería sistematizar. Entendí que lo que yo pensaba como “la Historia”, con una mayúscula universalizante, verdaderamente tenía que estar atravesado por la pregunta de la sexualidad y del género. A partir de ese texto yo me planté, como historiador en ciernes y como intelectual, de otra manera, me transformó la cabeza. Fue el primer impacto teórico e ideológico, anterior al sismo que fue en mi pensamiento todavía en fragua la lectura de El capital de Marx.

Y después, la otra entrada, política, tiene que ver con una cierta sensibilidad propia de las circunstancias ideológicas de mi primera formación. Había un marco cultural general de preocupación respecto de la cuestión sexual, compleja en los años ochenta, de gran impacto con el llamado “destape”, la ley de divorcio vincular, y luego la cuestión del SIDA, en el plano social de las ideologías. Quizá este recuerdo sea demasiado retrospectivo, de los tiempos de la sanción de la ley nacional en 1990² y las discusiones sobre si los exámenes de VIH podían hacerse sin consentimiento. Digo retrospectivo para mi trayectoria subjetiva, porque no devine intelectual de perfil universitario desde la militancia, la reivindicación emancipatoria vivida o la implicación subjetiva. Por el contrario, el mío fue un largo camino de aprendizaje, de desgajamiento de sedimentos culturales y de cambios constantes, atravesado de opciones políticas y amistades. El mencionar esta travesía me permite expresar esa incomodidad que para mí supone esta entrevista, como les planteé a vos y a Mario Pecheny. Mi situación intelectual y subjetiva es bastante diferente de otros participantes de la serie de conversaciones del proyecto. Si bien se me hace complicado el problema de la existencia de un privilegio epistémico para pensar ciertas cuestiones (digo, por ejemplo, que sólo las lesbianas puedan escribir sobre lesbianismo, porque participarían de experiencias intransferibles), al mismo tiempo sé que no se puede circular así nomás entre discursos. Pero bueno, me convenció el argumento sobre que esa peculiaridad, conectada con una diversidad de preocupaciones teóricas, podía ser significativa. Vuelvo ahora a la entrada política a la problemática del género y la sexualidad para la investigación histórica. Al clima de mediados y fines de los ochenta deben sumarse otras cuestiones relativas a mi primera formación universitaria. Hay allí una filiación ideológica que desarrollo en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, filiación de raíz azarosa en buena medida, que está vinculada con el socialismo y, concretamente, con el marxismo. La aproximación fue totalmente “casual”, aunque se la podría explicar retroactivamente. Resulta que en esa sed de lecturas que te comentaba antes, me enteré

²Ley Nacional N° 23798 de Lucha Contra el Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida (SIDA), sancionada en agosto de 1990.

por cartelitos pegados en las paredes de la facultad que se estaba dictando un curso sobre El capital, y que se repetiría el año siguiente. En el 89, durante el CBC, había sido totalmente indiferente a las referencias a Marx, como a cualquier otro estímulo teórico posiblemente por la desolación que caracterizó mi vida en ese año. Es probable que la búsqueda teórica posterior pudiera ser algo así como el deseo de cicatrizar cosas más intratables. Me podría poner nietzscheano, pero como sea, varios meses más tarde estaba decidido estudiar a Marx. No había leído más que algunas páginas de Althusser, Marcuse y Habermas, tomados sin ton ni son gracias a la muy pequeña biblioteca que por entonces tenía la facultad hace poco instalada en la calle Puán. Como no había comprendido demasiado pero intuía que eran escritos que desbordaban de una pasión teórica sumamente atractiva, quise seguir aquel curso y aproveché el préstamo de verano de la biblioteca. Me llevé a casa los tres volúmenes de la traducción del Fondo de Cultura Económica. Al devolver los libros a la biblioteca, yo ya me había “convertido” a una “verdad”, que era también una aspiración práctica liberadora. El argumento ejerció una extraordinaria fascinación. Pero al mismo tiempo, que eso sucediera hacia 1991, con el derrumbe de la Unión Soviética, implicó una percepción de crisis casi inmediata. Es en esa brecha que se desarrolla la importancia del enfoque de género. El tema estaba todavía inexpresado, e ignorado en gran medida, por la lectura del marxismo que hice intensivamente en 1991-1992. Inconscientemente, la problemática de género, que es por donde yo entré al tema de la sexualidad en historia, adquirió por así decirlo el derecho de ciudadanía, vino a cuestionar la hegemonía del marxismo como filosofía total, pero al mismo tiempo, a intentar resolver algunas de sus fallas. Hay un texto bastante interesante de Oscar Terán sobre la recepción de Foucault en la Argentina, en el que indica que su pensamiento era domesticado al utilizarlo como complemento o parche de un marxismo que permanecía en lo fundamental intacto³. Terán se situaba autocriticamente, con alguna ferocidad contenida, pero yo creo que su reflexión se puede extender con mayor propiedad a usos de Foucault que se hicieron en las ciencias sociales. Por ejemplo, ahí Foucault es utilizado, es citado, pero antes que poner en crisis el paradigma marxista, que sostiene todavía, es una suerte de complemento que más bien sutura las dificultades del marxismo. Entonces, lo que Foucault viene a añadir es una suerte de demografía política del capital, que se suma al análisis de las relaciones de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas, a la que sigue como una suerte de complemento, sin interrogar la perduración de la vieja concepción teórica. Y en mi caso, desde el primer momento, pasó algo similar: con amigos y amigas de esa época (entre ellos Pablo Ben, un amigo y colega de gran importancia en mi desarrollo intelectual y personal), veíamos que había un problema en el socialismo, en la concepción socialista de la política y de la ideología. Creo que veíamos en la problemática de género y de sexualidad un campo de problemas a pensar, a analizar, y a investigar críticamente, que complementara la ceguera del marxismo sobre ese tipo de dinámicas de la vida social. De esas preocupaciones nace un conjunto de textos

³ Terán, Oscar. “La estación Foucault”. En *Punto de Vista*, N° 45, 1993.

exploratorios en *El sexo de la historia y Cuerpos, géneros e identidades*, aparecidos en el año 2000⁴.

¿Y en todo ese proceso qué corrientes, qué autoras o autores fueron los que más influyeron en tu formación?

En historia, la figura, que incluso hoy todavía sigue siendo como la vía de ingreso, es Joan Scott, con el famoso artículo sobre ‘El género: una categoría útil para el análisis histórico’⁵. Creo que actualmente es un texto muy introductorio –y que hoy es ya un clásico– que ha sido largamente superado, que es útil quizás para iniciar un acceso a la problemática, pero que ya aparece como demasiado simplificador respecto de desarrollos que ocurrieron posteriormente. Pero eso se percibe después de haber pasado el umbral, ¿no? Creo que hay un momento de tránsito del umbral, uno ingresa a un continente conceptual nuevo. La función de Scott fue ésa, la de otorgarle sentido a una perspectiva que antes había tenido un carácter crítico, como el texto de Joan Kelly, para abrir la puerta a la investigación, es decir, ir más allá de la crítica. En ese sentido, continúa siendo útil. Pero después de atravesado ese umbral, la figura central fue Judith Butler, cuya referencia primera debo a Pablo Ben. Y también circulaban por allí, con matices, Thomas Laqueur y Donna Haraway, cuyos textos conocí gracias a Marcela Nari. Para entonces estamos a mediados de los noventa.

¿A partir de *El género en disputa*⁶ sobre todo?

Sí, sí. Ese libro fue central. Las discusiones las hicimos con Pablo Ben, Débora D’Antonio y Paula Halperin antes de su traducción, pues lo leímos en el original en inglés. Creo que ese texto fue crucial para mi grupo de amigos y para mí. Particularmente porque avanzaba mucho más en la problemática del género y la sexualidad, que para nosotros, a partir de la lectura de Scott, continuaba muy estrechamente ligada a una dicotomía sexual que no era puesta radicalmente en cuestión. Y precisamente lo que Butler incorpora es una historización y una crítica del binarismo sexual. A partir de ahí se abre todo un campo de temas, donde yo creo que el punto central, para mí al menos, es el relativo a la historicidad de los vínculos entre poder y sexualidad. Es decir, la plasticidad de esa relación. El carácter temporal y político que vincula al poder y a la sexualidad. Y es a partir de allí que ingreso al tema que me interesó investigar, que era el peronismo. Pensaba la teoría de género en su polémica con el psicoanálisis. Ahí tenés una perspectiva donde una insistencia demasiado

⁴ Acha, Omar. *El sexo de la historia. Intervenciones de género para una crítica antiesencialista de la historiografía*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 2000. Halperin, Paula y Acha, Omar (comps.). *Cuerpos, géneros e identidades. Estudios de historia de género en Argentina*. Buenos Aires: Ediciones del Signo, 2000.

⁵ Scott, Joan. “El género: una categoría útil para el análisis histórico”. En Lamas, Marta (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual* (P. 265-302). México DF: PUEG/UNAM y Miguel Ángel Porrúa, [1986] 1996.

⁶ Butler, Judith. *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. México DF: Paidós, [1990] 2001.

radical sobre la historicidad encuentra un límite, porque el psicoanálisis plantea una serie de crisis fundamentales, que son las que están ligadas a las fantasías originarias: por ejemplo, la del nacimiento, la llamada “escena originaria” que refiere al coito entre el padre y la madre, o la amenaza de castración. Son todas fantasías universales, y ahí el problema es cómo ingresar al análisis de los procesos de esa articulación crítica entre poder y sexualidad. Pero al mismo tiempo que considera situaciones universales, el psicoanálisis llama la atención sobre su contingencia.

¿Esto es lo que intentaste trabajar en tu libro sobre psicoanálisis, Freud y el problema de la historia?⁷

Que es mi tesis de licenciatura abreviada. En realidad, es un trabajo de exploración en mi objetivo de escribir sobre el peronismo. Aunque parezca una trayectoria confusa, la introducción del psicoanálisis tenía una cierta coherencia. Para interpretar el primer peronismo, bien avanzados los años noventa, había identificado un trípode conceptual. Uno, que seguía vivo del marxismo, era el concepto de hegemonía en Gramsci, que parecía fundamental para pensar el peronismo, la construcción de su historia, básicamente, desde las fidelidades populares del primer peronismo. O sea, cómo el peronismo construyó la noción de pueblo, vinculada a la defensa de los derechos de los trabajadores, pero no sólo de los trabajadores, sino también de los niños, las mujeres, los ancianos, etcétera. El segundo parante del trípode era la teoría de género, que traccionaba consigo el tema de lo sexual, tanto en el plano de la diferencia sexual como en el del deseo. A través de esta perspectiva aparecía que en esa peronización de las clases populares no se podía entender sin la dimensión del género. ¿Por qué? Porque en la problemática misma del apoyo popular a Perón, las mujeres habían tenido un lugar fundamental. No sólo en términos de votación, pero para tomarlo como índice de un mundo de sentido más amplio, por ejemplo, la reelección de Perón en 1951 le debe mucho al voto femenino. Más del 63% de las mujeres votó a Perón. Si bien también la preferencia peronista superaba más de la mitad de los varones, en el caso de las mujeres el apoyo fue mucho más alto. Perón obtiene poco más del 60% del padrón en todo el país, pero entre los votos de las mujeres alcanzó en el total casi el 64%. Si consideramos las zonas del país, la significación se incrementa. En la ciudad de Buenos Aires, donde la fórmula de Perón obtuvo más del 50%, también se dio una primacía del voto femenino al peronismo, que superó el 55%, y en algunas circunscripciones populares llegó al 57%. Perón lo dijo: “Yo, mi primera elección la gané con los hombres, la segunda la voy a ganar con las mujeres y la tercera con los niños”. Tenía razón, en el 73...

Lo votaron los hijos del primer peronismo.

En el peronismo mismo, sobre todo cuando uno lo mira desde abajo, desde las clases populares, hay un tema que es incluso más fuerte. Es la cuestión del “cabecita negra”. Estos migrantes internos que llegan a las zonas urbanas y que se supone que –al menos en la

⁷ Acha, Omar. *Freud y el problema en la historia*. Buenos Aires: Prometeo, 2007.

hipótesis de Germani, menos superado de lo que se cree— constituyen la base social del peronismo⁸. Esto después ha sido discutido por Murmis y Portantiero, Halperin, Smith, Torre⁹. Es un clásico hoy, desde el gesto, no sólo sociológico sino también historiográfico, criticar la idea misma de una base social, por diversas razones. Porque o bien se ha probado que la vieja clase obrera que venía de una larga tradición organizativa e ideológica también se peronizó. O bien, porque los migrantes internos en realidad no venían directamente del pequeño pueblo rural a Buenos Aires, sino que había todo un circuito de migración, en el cual se pasaba de un pequeño pueblo de Entre Ríos a la ciudad capital provincial, y después se pasaba a San Nicolás, y después recién a la ciudad de Buenos Aires, o al conurbano bonaerense, entonces había toda una trayectoria. No eran estos personajes de concepciones tradicionales que llegaban y buscaban un caudillo. Ahora, de todas maneras yo creo que es importante repensar las perspectivas germanianas, incluso introducir algunas dimensiones psicológicas que él planteaba y que después fueron olvidadas en favor de los intereses de clase, del reconocimiento estatal o, más recientemente, de la cultura. Si uno repregunta la problemática de los migrantes internos, exenta del paradigma evolucionista de Germani, allí también la cuestión de género es importante. Porque más de la mitad de la migración interna —yo diría que el 60 por ciento, para dar un número aproximado— fue de mujeres. De mujeres, sobre todo, solas, que llegaban a buscar trabajo a las ciudades. Y si uno analiza la literatura de la época y revisa las fuentes cualitativas del primer peronismo, el temor y la fascinación no era respecto del “cabecita negra”, sino de la mujer. De la trabajadora, de la joven trabajadora de piel oscura, la sirvienta, o la que se dedicaba a veces a la prostitución pero tenía una ocupación más o menos fija.

¿Como elemento “disolvente de la moral”?

Sí, como peligro sexual. Esto lo ves, por ejemplo, en ‘Las puertas del cielo’ de Cortázar¹⁰, el cuento en el que Celina es un “monstruo” que no deja de inquietar al ego narrador y observador, al mismo tiempo como un otro intolerable y sexualmente atractivo. Pero aparece en muchas otras escrituras.

⁸ Germani, Gino. *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Paidós, 1962.

⁹ Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos. *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI, [1971] 1987. Smith, Peter. ‘The Social Base of Peronism’, *Hispanic American Historical Review*, N° 52, 1972. Torre, Juan Carlos. *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Sudamericana, 1990. Halperin Donghi, Tulio. *La larga agonía de la Argentina peronista*. Buenos Aires: Ariel, 1994.

¹⁰ Cortázar, Julio. ‘Las puertas del cielo’. Cuento publicado en *Bestiario*. Buenos Aires: Sudamericana, 1951.

Como el cuento “Cabecita Negra”¹¹. Ahí el conflicto es disparado a partir de una mujer “cabecita negra”, que está borracha en la calle de noche y complica a un porteño de clase media...

Claro, claro. Mi tesis es que la inquietud no se concentraba tanto respecto del “cabecita negra”, sino respecto de *la* “cabecita negra”. Y en términos ideológicos eso fue muy importante en el período. Entonces, para entrar al peronismo, la cuestión de género también era fundamental. Y el tercer parante del trípode, distinto del de la hegemonía y del de género y sexualidad, era la del psicoanálisis. Porque considero que en la construcción de las identidades, no sólo políticas, en las personales, en las eróticas... no se trata de procesos evolutivos y conscientes, sino que son básicamente inconscientes. Es decir, que uno ya está siempre dentro del sistema de nociones y deseos que luego uno intenta racionalizar. O sea, nadie elige ser heterosexual, ni homosexual, ni peronista, ni socialista.

Fueron ésas las tres entradas que intenté. El lugar del género tenía esa función, donde la influencia teórica de Butler era importante, en cuanto a que justamente lo que se produce durante la época del primer peronismo es una transformación de las identidades sociales, de las clasificaciones sociales, con las cuales están fuertemente articuladas las dimensiones eróticas. Otra de las hipótesis es que durante y después del peronismo en la Argentina se coje¹² de una manera distinta. Es otra práctica de la sexualidad, que está cruzada por una serie de representaciones, sobre todo imaginarias, ligadas a las transformaciones de qué era el peronismo, y a esa, entre comillas, “revolución social” que significó, es decir, esa movilización de los anclajes no sólo sociales sino también culturales, y sobre todo emocionales, de la población. Ahora me encuentro trabajando en la refundición de mi tesis en un libro que espero publicar con el título de *Crónica sentimental de la Argentina peronista*.¹³

El énfasis en la historiografía en la Argentina parece estar en los cambios sociales del peronismo (por ejemplo, en el mundo del trabajo o de la política), como si los cambios culturales que impactaron en la sexualidad recién hubiesen venido en la década de 1960, por ejemplo, a partir de emprendimientos culturales como la revista *Primera Plana* o la divulgación del psicoanálisis. Estoy pensando en el estudio de Plotkin, no aquel sobre Perón, sino en *Freud en las pampas*¹⁴. Justamente, él pone un gran énfasis en las transformaciones culturales que se dieron en los años sesenta, más allá de que tiene sus reservas en cuanto al alcance que tuvo la supuesta revolución sexual en esa década.

¹¹ Rozenmacher, Germán. ‘Cabecita Negra’. Cuento publicado en *Cabecita Negra*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1962.

¹² Tener relaciones sexuales.

¹³ De próxima aparición por Prometeo Libros, a fines de 2013 o principios de 2014.

¹⁴ Plotkin, Mariano. *Freud en las pampas: orígenes y desarrollo de una cultura psicoanalítica en la Argentina (1910-1983)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2003.

También Isabella Cosse discute ese punto¹⁵. Yo no recuerdo otros trabajos que problematicen el tema de la moral sexual y los cambios en las prácticas sexuales durante el peronismo. El trabajo de Dora Barrancos es sobre un período previo, desde la década del veinte hasta comienzos de la década de 1940¹⁶.

Sí, todos trabajos importantes. Yo haría retroceder a los años 45, 46, el inicio de esta transformación. Ahora, creo que hay una diferencia fundamental entre lo que yo planteo y estas miradas y preguntas que están matizadas a partir de un ideario progresista. ¿Cuál es su interrogación?: ¿En qué momento en la historia argentina del siglo XX las costumbres se modernizaron? ¿Cuáles fueron sus obstáculos? ¿Por qué no fueron suficientemente progresivas? Es decir, las mujeres fueron más libres, hubo una sexualidad mucho más liberada, la aceptación del sexo prematrimonial...

Incluso para algunas críticas que le hacen a la idea de modernización, estos trabajos usan la misma matriz, porque señalan los límites de esta modernización (por ejemplo, que la homosexualidad no era aceptada, y sí lo eran las relaciones sexuales heterosexuales prematrimoniales). Digo, varios de estos estudios quedan presos de esta matriz.

Claro. O las mujeres, que no terminaban de liberarse, seguían estando recluidas en el ideario materno, maternal, del hogar, de la lógica familiarista.

¿Vos estás pensando en otra clave?

Sí, a mí lo que me interesa es de qué manera se transforman las prácticas y las representaciones, sin imponerles ese corsé que es el de la modernización, o del progresismo o de la idea liberal de la emancipación de las viejas costumbres, tradicionales, etcétera. Ahora, si uno elimina ese tipo de imaginario académico –que en verdad implica forzar el proceso histórico y la comprensión–, en el caso del primer peronismo se observan transformaciones muy importantes, aunque no sean progresistas, de los hábitos sociales. Básicamente, porque el peronismo provoca una efervescencia de las ideologías en un sentido más vivido que doctrinario, entre las cuales también están implicadas las vinculadas a la sexualidad y a los géneros. Están implicadas porque no sólo emergen figuras de identificación muy fuertes, como Perón y Evita, sino que hay procesos de transformación de la ciudadanía política, del lugar del trabajo en la producción de lo social, de los hábitos de consumo, por ejemplo, que modifican la experiencia, sobre todo, de las clases populares

¹⁵ Cosse, Isabella. 'Cultura y sexualidad en la Argentina de los '60: usos y resignificaciones de la experiencia transnacional'. En *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, número 1, volumen 17, (P. 39-60), 2006.

¹⁶ Barrancos, Dora. 'Moral sexual, sexualidad y mujeres trabajadoras en el período de entreguerras'. En Devoto, Fernando y Madero, Marta (dirs.), *Historia de la vida privada en la Argentina* (P. 199-225). Buenos Aires: Taurus, 1999.

–subrayo, sobre todo de las clases populares durante esa década–, y que va a quedar fuertemente ligada a la concepción de la felicidad peronista, de los buenos años de Perón y Evita. Años que van a tener al mismo tiempo su lado siniestro, porque el peronismo fue un período que implicó transformaciones y este movimiento de lo social acarreó fenómenos de cierre, de clasificación, incluso de represión. Se introduce así una dinámica de enfrentamiento irreductible a la incorporación de ciudadanías o reconocimientos, más en sintonía con la dura realidad histórica argentina que con modelos de progreso adoptados de situaciones exteriores. Por ejemplo, esa conflictividad se observa en el caso que estudiamos con Pablo Ben sobre los llamados “los amorales”, o la homosexualidad durante el primer peronismo, aparecen estos jóvenes con una vida sexual, digamos, plural, como los chivos expiatorios de estos cambios que se están produciendo en el orden de la sexualidad y de los hábitos, despertando fenómenos de reacción¹⁷. Articulados contingentemente también con conflictos específicamente políticos, por ejemplo con la Iglesia Católica, esto produce también fenómenos de violencia y de persecución. O sea, se dan estas dos dimensiones, en las que se puede plantear una conflictividad irresoluble, nada progresiva o subsumible en el ensueño de cambios mínimos y asimilables, pero justamente por eso más aptos para una senda modernizadora. Con un colega marplatense, Nicolás Quiroga, estamos elaborando ensayos hacia una conceptualización teórica de esta mirada y lo desarrollo más idiosincráticamente en una colección de ensayos bajo la consigna de un “revisiónismo histórico de izquierda”¹⁸.

En tu campo de trabajo, la historia y algunas disciplinas sociales con las que dialoga, ¿cómo ves la evolución de estos temas de sexualidad en la Argentina desde mediados de la década del ochenta hasta el presente? ¿Qué lugar ocupaban en la academia cuando vos eras estudiante y cómo ha ido variando? Porque hay cierta idea de que en algún momento hubo una explosión de los temas de sexualidad, por lo menos en algunas academias y disciplinas.

Sí, yo veo que hay una emergencia de un campo de investigaciones, que desarrolló sus institutos, sus jornadas, incluso sus revistas, sus congresos, sus publicaciones, sus colecciones de libros...

¿Acá en la Argentina?

Sí, en la Argentina. En historia, yo creo que ese proceso se dio incluso antes que en las ciencias sociales, aunque con poca diferencia cronológica. Y sin embargo, es como que en

¹⁷ Acha, Omar y Ben, Pablo. ‘Amorales, patoteros, chongos y pitucos. La homosexualidad masculina durante el primer peronismo (Buenos Aires, 1943-1955)’. En *Trabajos y Comunicaciones*, 2ª época, N° 30/31, Universidad Nacional de La Plata-Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006.

¹⁸ Quiroga, Nicolás y Acha, Omar. *El hecho maldito. Conversaciones para otra historia del peronismo*. Rosario: Prohistoria Ediciones, 2012.

un determinado momento, cuando se dio la configuración institucional de un “campo” legítimo entró en un proceso de rendimiento decreciente, alcanzó una suerte de tope.

¿Rendimiento interpretativo? Porque en términos cuantitativos los trabajos siguen proliferando. ¿Te referís a que perdió un poco de potencia interpretativa?

Sí. Sobre todo melló su promesa crítica, creo que aún inexhausta, perceptible entre mediados de los ochenta y mediados de los noventa. En ese momento hubo un planteo rupturista que estuvo implicado en la emergencia misma, en la aparición y consolidación de un campo de estudios. En historia, más fuertemente ligado a la historia de las mujeres, donde la historia de género era inicialmente un aspecto. Su significación para el campo historiador más amplio, a partir de su implantación, fue decreciendo. Esto acontece en cualquier tipo de especialidad, por ejemplo la historia del consumo. Aparecen temas específicos del campo, como las investigaciones en la historia del tabaco, el hábito de consumir cigarrillos, de producir y comerciar, la publicidad. En un primer momento rompe con la doxa precedente y luego como que se agota, porque vino a ocupar un lugar para el cual la institución académica ya tenía un casillero, y entonces es desactivado a partir de ese proceso de clasificación.

Con la historia de las mujeres sucedió...

Yo creo que sucedió lo mismo e incluso te diría que con la historia de género también. Lo que pasa es que con la historia de género acontece algo particular, que es la condición proliferante y la eficacia multiplicadora del género, donde no tenés ya un sujeto que está predeterminado en la biología, en la historia, en la sociedad, en la cual hay que reconstruir sus prácticas o sus experiencias, sino que los sujetos, nunca unívocos, comienzan a proliferar y a multiplicarse. A lo que debe sumarse la toma de la palabra por quienes investigan con una vocación política, legitimada en este terreno como en pocos de la dinámica académica. Y por lo tanto, en principio ahí hay una crisis epistemológica. ¿Por qué? Porque ese proceso de clasificación y domesticación que amenaza a la historia de las mujeres entra en conflicto con la problemática de género y de las llamadas minorías. ¿Por qué? Porque esta proliferación justamente no se detiene en un sujeto preconstituido sino que, además de la perduración de reclamos situados con alguna estabilidad, como el feminista, el carácter híbrido de los sujetos que abren la estructura del campo, la aparición permanente de nuevas subjetividades parece exigir una suerte de expansión ilimitada del campo, lo que cuestiona su consistencia. Y sin embargo, en el caso del género también se llegó a una suerte de límite, que yo diría que en la Argentina se alcanza alrededor del año 2000.

¿Cuándo vos hablás de género incluí la historia sobre sexualidades?

Sí, una de las atribuciones de los cuerpos sexuados está ligada a la historicidad del uso de tales cuerpos en tanto matrizan y son matrizados por el deseo, por lo socialmente estipulado como objeto de pulsión.

Porque yo te quería preguntar sobre un conflicto que percibí en las Jornadas de Historia de las Mujeres –que se hacen con simultaneidad al Congreso Iberoamericano de Género¹⁹–, entre las historiadoras de las mujeres más tradicionales y aquellas y aquellos que estaban investigando nuevos sujetos, nuevas subjetividades. Había un conflicto sobre la delimitación del campo, sobre qué entraba y qué no. También me pareció que a alguna gente no le incomodaba que la historia de las mujeres esté encasillada y bien clasificada como un campo específico más dentro de la disciplina, y que por esto haya perdido cierta potencia enunciativa: “Así como hay historiadores de la clase obrera, nosotros somos historiadoras de las mujeres”. Esto lo percibí en ciertas discusiones entre algunas historiadoras y Mauro Cabral, entre otras cosas, sobre los sujetos a ser investigados.

Sí, sí, porque en realidad estos estudios comienzan a estructurarse a partir de la categoría “mujer” en la historia. Y esta línea abrió la picada, el primer espacio, y fue a través de la historia de las mujeres que se consolidaron los primeros institutos de investigación y las jornadas. Esto pasó, por ejemplo, en el caso de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, donde el instituto era de las mujeres y de género, y después instituto de estudios de género²⁰. Hay un desplazamiento que ya es parte de un segundo momento, lo que tenía una dimensión epistemológica y otra política. La epistemológica estaba dada por cuál es el objeto de esta investigación, cómo identificar el tema. Lo cual tiene implicancias concretas importantes: ¿Cuáles van a ser los temas reconocidos y por lo tanto jerarquizados? ¿Cómo se van a asignar recursos (becas, subsidios) para determinados temas? ¿Quiénes lo van a gestionar? ¿Y quiénes tienen ya el capital académico y simbólico para regular ese flujo de recursos? Frente a lo cual el género aparecía como una suerte de categoría demasiado laxa, o múltiple, que habilitaba otro tipo de demandas, no sólo del sujeto “mujer” como encarnación a la vez política y epistemológica, sino también demandas que ponían en cuestión el derecho a la gestión de los recursos. En la historiografía la cuestión era aguda por el desplazamiento de una visibilidad que la “historia de las mujeres” garantizaba. Ahora bien, después hay otra discusión que es muy difícil de distinguir de ésta –por lo que yo recuerdo de estos mismos congresos–, que es que el concepto de género aparece como

¹⁹ Desde 1990 se realizan en la Argentina las Jornadas de Historia de las Mujeres, desde 1996 se pasaron a llamar Jornadas de Historia de las Mujeres y Estudios de Género y desde 2000 en algunos años se realizan conjuntamente las Jornadas de Historia de las Mujeres y el Congreso Iberoamericano de Estudios de Género.

²⁰ En julio de 1992 se creó el Área Interdisciplinaria de Estudios de la Mujer (AIEM) y, sobre la base de ésta, en junio de 1997 se creó el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (IIEGE), en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

una amenaza, como algo que viene a diluir la identificación política de las mujeres y, por lo tanto, la fuerza argumentativa de un planteo feminista.

Sí, totalmente de acuerdo. Yo distinguiría entre las feministas que critican la noción de género bajo esta idea de una pérdida de fuerza política, y las feministas que son más bien mujeristas y sustancializan la categoría mujer. De manera simplificada, estas últimas dirían algo así como “nos costó tanto esfuerzo construir un sujeto de estudio y un sujeto político, y ahora, a partir de cuestionar la diferencia sexual, ponen en duda qué es mujer y quién es mujer”. Menciono esto por la discusión sobre la cuestión trans y porque veo, sobre todo en historia (más que en ciencias sociales), cierta ortodoxia femenina más que feminista, mujerista me animaría a decir.

Sí, y que yo creo que se vincula con una historia, una genealogía de la historiografía argentina contemporánea, de la manera en que esos lugares fueron logrados y, en muchos casos, conquistados. ¿Por quiénes? ¿A través de qué redes? Y es gente que sigue trabajando y que tienen cierta consolidación en el campo. En la Facultad de Filosofía y Letras la tendencia es mitigada por el lugar de Dora Barrancos, que es como nuestra matriarca, o de Diana Maffía, sin duda receptivas a novedades, pero no creo que quiebren una percepción de clausura que se observa desde posiciones que buscan poner en cuestión la estabilización conseguida en cuanto a temas, sujetos de estudio, teorías. Pero bueno, ahí la imagen fracturada, entre un adentro y un afuera, y el grado de conservación, es parte de la disputa en el campo y sus alrededores, de las personalidades...

¿En estos temas vos ves que el quiebre es generacional? ¿O que las nuevas generaciones hacen más de lo mismo? Te lo pregunto en consonancia con lo que, para un tema mucho más amplio, sostenés en tu libro²¹. Por ejemplo, algunas feministas, de 50 o más años de edad, dicen que quienes investigamos sexualidades o diversidades sexuales nos montamos sobre una legitimidad ya conseguida por ellas mediante muchos esfuerzos, y que a veces no hay un reconocimiento hacia esto. Por otro lado, las personas más jóvenes, de generaciones más recientes, que investigan sobre diversidades sexuales ven como ciertamente estancados o vetustos algunos enfoques y problemas que siguen trabajando desde el feminismo más tradicional, encarnado por algunas de estas académicas. ¿Cómo lo ves vos en el campo de la historia y si podrías ampliar un poco al resto de las ciencias sociales?

No hay que descartar que el reproche carezca de justificación, en lo bueno y lo malo que implica. En este punto se abre un problema demasiado profundo, y sobre el que no tengo sino algunas intuiciones. Por la dinámica del campo de la investigación que mencioné, la

²¹ Acha, Omar. *La nueva generación intelectual: incitaciones y ensayos*. Buenos Aires: Herramienta Ediciones, 2008.

tendencia a la osificación, al menos en la experiencia argentina, es sistemática, yo diría, por razones sociológicas de configuración institucional. Sin caer en una noción de reproductivismo del campo, una imagen demasiado maciza e irreal, creo que la promesa de una renovación generacional exige una conexión sustantiva con el exterior de los muros universitarios que someta a crítica los convencimientos estabilizados. No quiero simplificar la vida académica, que es bien compleja y tiene innumerables puentes con lo social y, sobre todo, con las prácticas políticas y culturales. Por lo demás, la situación varía mucho de un espacio a otro. Por ejemplo, de “Puán” a “Marcelo T.”²², hay divergencias significativas que no son ocultadas por los importantes lazos que los unen. Para usar un término de la jerga lacaniana, diría que es imprescindible una “extimidad”, una elaboración de lógicas que atraviesen el interior académico y el exterior, dinámica y dialécticamente, sin perder de vista sus diferencias.

Hay un problema doméstico con las distinciones disciplinares, con esa diferenciación en la UBA de la Facultad de Filosofía y Letras, por un lado, y la de Sociales, por otro, que embarullan la cuestión. Yo veo diferencias disciplinarias muy fuertes. Por ejemplo, en antropología encuentro una innovación teórica, innovación teórica en nuestra situación periférica que es de absorción —que puede ser crítica— de planteos de la academia norteamericana sobre todo, mucho más fuerte en antropología que en historia. Pero la antropología en general (incluso en otras temáticas como la dedicada a la antropología política, en ese caso ligada a la producción en Brasil), es más ágil que la historia.

¿En temáticas de género y sexualidad también?

Sí, sí. En historia yo veo, sobre todo, todavía una prevalencia de la historia de las mujeres, con su carga teórica e implícitamente política, y una dificultad para el ingreso de la problemática de la deconstrucción de la diferencia sexual y el cuestionamiento de las categorías binarias. Veo un campo más conservador en historia. Creo que en antropología la perspectiva es muy diferente en lo que tiene que ver con cuestiones metodológicas. Mientras que en antropología se intenta comprender al otro, su palabra, su práctica, en historia hay una aproximación hacia una reconstrucción, la representación de un proceso, y por lo tanto se pierde esa dimensión de la primera persona, de la perspectiva del “nativo” y de la interacción, lo que tiene implicancias éticas, en el caso de la antropología, que no están presentes o son laterales en la historia. Esto configura un campo mucho más conservador en historia. Y no veo en este sentido un viraje, que podríamos llamar generacional, en la Argentina. Veo sí que hay una modificación de las perspectivas teóricas y metodológicas para quienes salen de la academia, para quienes se van a hacer doctorados en el extranjero, por ejemplo.

²² En referencia a las sedes de la Facultad de Filosofía y Letras y la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, respectivamente.

En historia, ¿sobre estos temas a dónde suelen ir a hacer los doctorados? ¿Más a Estados Unidos o a Francia?

No, más Estados Unidos, claramente. A pesar de que Francia, en el plano de las metrópolis académicas, sería lo más parecido a la Argentina. O sea, hay dos campos de rasgos teóricos distintos. Me parece que, por ejemplo, Francia hace mucho mejor sistema con los estudios de mujeres y de género en la Argentina, que lo prevaleciente en Estados Unidos, con la impronta de Butler o Sedgwick.

Y si vos tuvieras que señalar cuáles son los aportes teóricos más enriquecedores, o más críticos, en materia de sexualidad en este momento, ¿cuáles crees que serían las corrientes?

Bueno, esto es algo muy particular que tiene que ver con lo que a mí me preocupa y con lo que leí. O sea, se me hace muy difícil narrar una suerte de panorama teórico general. Pero yo creo que hoy, si hay un diferendo teórico importante y con consecuencias políticas muy concretas –a las cuales voy a hacer referencia después–, es la discusión entre, por un lado, una perspectiva que considera la diferencia sexual en su multiplicidad y su plasticidad, historicistamente: esto es, que no hay ningún tipo de estructura transhistórica que regule sin residuos las prácticas de la sexualidad y del deseo, y por lo tanto, toda norma puede ser transformada porque su coherencia es un efecto de repetición. Ésta es una mirada próxima a la perspectiva queer y deconstruccionista. Y, por otro lado, una perspectiva, que estaría más vinculada a un pensamiento psicoanalítico, donde esa heterogeneidad, esa diseminación, esa multiplicidad y esa historicidad, no dejan de reconocer como zonas de coagulación que se reiteran, que pueden ser consideradas universales en tanto, justamente, sobreviven a una multiplicidad que es real, pero que sigue estando vinculada a esos nudos simbólicos no historizables. No historizables en el sentido de la fluencia que la perspectiva queer subraya. Creo que ahí tenemos una discusión, que a mi modo de ver es muy difícil de resolver, y que probablemente tenga que persistir o se deba trabajar en esa ambivalencia. Porque creo que las dos, como alternativas radicales, son problemáticas para la investigación social. O bien, por ejemplo, toda identidad sexuada o toda práctica erótica es transformable, sin límites, o bien existen ciertas normas sociales que no pueden ser cuestionadas.

Como el tabú del incesto...

El tabú del incesto, que es el clásico del psicoanálisis. O la misma diferencia sexual.

Porque yo veía, sobre todo en sociología y en antropología, que hay como una corriente intermedia –intermedia porque está boyando entre las dos que vos mencionás–, que es este construccionismo social, no tan radical, que tiene por ahí sus antecedentes en algunos textos de Carole Vance, Gayle Rubin, Jeffrey Weeks. Esta idea de que si bien no existe algo así como la sexualidad –es decir,

uno puede entender que se trata de un constructo, cuyos orígenes pueden ubicarse aproximadamente en el siglo XIX– habría cierto sustrato, entre comillas, “natural”, sobre el cual se construyen socialmente los significados. Me refiero a la idea construccionista social del género, donde el género vendría a ser la lectura cultural de una diferencia sexual, que no problematiza la diferencia sexual como tal. Esta corriente se lleva medio a las patadas con las dos posiciones que señalaste. Porque al psicoanálisis lo considera demasiado universalista. Y a la teoría queer –si bien comulga políticamente en muchos planteos–, la considera muy difícil de llevar adelante mediante un programa metodológico de investigación, sobre todo en sociología y antropología. Tal vez en la disciplina historiográfica uno puede llegar a deconstruir ciertos fenómenos, por el propio trabajo del historiador crítico. Pero cuando vos vas a hacer trabajo de campo en un tiempo presente, ser queer hasta las últimas consecuencias en términos metodológicos resulta medio difícil. Mucha de esta gente que trabaja desde el construccionismo social, usa la categoría de género de Scott, que sigue presuponiendo la diferencia sexual.

Claro, claro. Lo que a mí me produce la mencionada flotación teórica no son sólo dificultades metodológicas, sino también creo que me moviliza el pensamiento. Por cierto, una estrategia ecléctica parece desaconsejable. A veces se abusa de la noción de “caja de herramientas”, como si se pudiera emplear conceptos o categorías sin dar cuenta de sus entramados y consecuencias. La cuestión es si puede haber una síntesis, es decir, si uno puede plantear una mirada dialéctica, en el sentido de que tenés una tesis y una antítesis y se propone una síntesis superadora que contenga los aspectos positivos de ambas. Yo soy escéptico respecto de tal conciliación. En el sentido de que la transformación, la fluencia y la historicidad emergen a partir de la crisis de lo que podríamos llamar “los órdenes simbólicos e imaginarios”, pero al mismo tiempo construyen ciertas formas de normatividad, que a posteriori reconocen todavía la necesidad de algún tipo de institucionalidad. Institucionalidades normativas, simbólicas. Y ése es un conflicto irresoluble, que no puede ser superado en el sentido deseado por la dialéctica hegeliana.

Particularmente en el tema de sexualidad y políticas públicas, a partir de tu propio trabajo historiográfico y a las reflexiones políticas que te ha llevado, ¿cómo ves esa tensión en el escenario contemporáneo argentino, en la última década?

Bueno, al respecto no creo que pueda decir demasiado, salvo en lo que concierne al tipo de relación entre Estado y movimientos sociales, una temática sobre la que sí tengo una posición. Yendo directamente a tu pregunta, se me ocurre que es necesario repensar esos términos, o la relación no mediada entre ambos. Yo creo que desde 1983, después de la dictadura, se puede reconocer claramente un proceso de transformación de la relación

entre Estado y sexualidad. El primer momento clave es la ley del divorcio²³. Creo que un segundo momento fundamental es la ley de Unión Civil en la Ciudad de Buenos Aires, que es otro hito importante²⁴. Pero me parece que es necesario introducir en esta cuestión un tercer actor, que son las organizaciones sociales. Es decir, si uno piensa el esquema clásico de sociedad civil y Estado, suponiendo que las prácticas de la sexualidad y el deseo están en el terreno de la sociedad civil, de la vida privada –si bien sabemos que la vida privada está atravesada por las ideologías y la política–, uno podría pensar que lo que se trata de transformar es la relación de la regulación estatal respecto de las formas de la sexualidad, que existen efectivamente y se despliegan en un plano irreductible al Estado. Pero me parece que es necesario introducir, lo que podríamos llamar la “sociedad política”, las organizaciones sociales y políticas, que militan desde el campo del feminismo, desde los derechos de las que son llamadas “minorías sexuales”, para poder entender dicha dinámica a lo largo de estos casi treinta años. No sólo en el orden de una transformación que podríamos llamar progresiva, de mayor libertad en las prácticas eróticas y/o del reconocimiento de los derechos, sino también del lado de la conservación y la reacción, donde uno no podría pensar este vínculo entre Estado y políticas públicas sin la militancia católica, incluso de grupos de choque del catolicismo. Antes que la relación binaria entre sujetos y Estado me parece más adecuado introducir las institucionalidades intermedias, que permiten rastrear las dinámicas reales del conflicto y el cambio concreto.

Además de las organizaciones sociales y el Estado, hay un tercer actor que interviene sobre los temas de sexualidad, que es la academia. ¿Cómo ves los vínculos realmente existentes y los vínculos deseables entre academia, movimientos sociales y Estado?

Yo lo que veo es una comunicación bastante fluida con ciertos sectores del activismo feminista, o gay, o de las travestis. Hay una comunicación importante, bajo las formas de conocimiento, militancia, solidaridad, amistad, entre otras. Creo que los trabajos de la universidad tienen cierta relevancia, no sé si en el ámbito de las ideologías sociales, o incluso de los medios de comunicación, ahí me parece que es bastante limitado lo que se puede hacer, pero sí en las relaciones con legisladores. Yo creo que ahí hay una veta de trabajo que es probablemente la más prometedora, salvo en los momentos de mayor efervescencia social, donde hay una intervención mucho más clara con las organizaciones. Pero me parece que la elaboración de trabajos de investigación es importante en la transformación de la legislación. Incluso ha tenido un lugar relevante. Pienso por ejemplo en la época de la ley de unión civil y, después, las demandas de adopción por parte de parejas del mismo sexo.

²³ Ley Nacional N° 23.515 de Matrimonio Civil y Divorcio Vincular, sancionada en junio de 1987.

²⁴ Ley de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires N° 1004 de Unión Civil, sancionada en diciembre de 2002.

¿La intervención de grupos de académicos...?

De académicos, de psicólogos, de psicoanalistas... Yo creo que son intervenciones muy útiles, no tanto en términos ideológicos generales, masivos, sino de...

Legitimar la demanda ante los legisladores...

Sí, yo creo que ahí hay una función importante de quienes investigan este tipo de cuestiones.

¿Vos no percibís cierta fragmentación de la agenda de derechos sexuales? Ha sido un motivo de discusión, por ejemplo, si el eje de las demandas del movimiento de la diversidad sexual tiene que ser el matrimonio entre personas del mismo sexo, cuando la demanda que ocupa la cabeza del movimiento de mujeres y feminista es el aborto. ¿Cómo ves esa situación entre sujetos políticos diferenciados, con esta situación de posibles alianzas y conflictos?

Yo veo que quizás una estrategia múltiple y situada, que se adapte a las circunstancias específicas de la demanda, puede ser muy útil. Por ejemplo, en el caso de la unión civil, que está en Buenos Aires y en Río Negro. No veo que la concentración en una sola demanda colectiva sea necesariamente positiva, sino que creo que eso tiene que variar de acuerdo a las relaciones de fuerza y oportunidades, para proponer transformaciones de acuerdo a las circunstancias específicas. Aunque sí pienso que sería interesante pensar una estrategia común respecto de la cuestión del aborto, que creo que es la que permite articular, no las demandas específicas de distintos sectores o iniciativas políticas, sino, en un sentido más general, una política de la sexualidad y del cuerpo en el país. Incluso grupos que no tienen una demanda específica a favor del aborto, a partir de sus identidades y sus deseos, sí encontrarían allí un nudo que permitiría coagular una multiplicidad de demandas y de aspiraciones de derecho ligadas, no con el aborto como tal, sino con el entramado ideológico y político en que funciona. Creo que serían compatibles esas dos estrategias: la concentración en la cuestión del aborto y, al mismo tiempo, el diseño de tácticas específicas y de demandas concretas, menos universales, por ese entramado al que refería, como la que sería ésta del aborto. Pero para acceder a esa confluencia habría que poner entre paréntesis, por un momento, las identificaciones fundantes de sujetos politizados, para pensar otra politicidad, más de corte "popular", aunque sea plural. Me parece que una mirada histórica podría contribuir a esa posibilidad.